

Alfredo Camelo

La tragedia de la Guerra de los Mil Días y la Secesión de Panamá

Deslinde, n°33, 2000

Alfredo Camelo: Educador. Filósofo Universidad Nacional. Magister Historia, Universidad Externado de Colombia. Investigador de Cedetrabajo.

*El 3 de noviembre de 1903, hace cien años, se consumó la separación de Panamá del territorio patrio a causa de la intervención de Estados Unidos. Un año antes de la secesión había concluido la Guerra de los Mil Días en la cual fue derrotado el partido liberal radical, esa fuerza política que desde mediados del siglo XIX se atrevió a abrir el camino de la revolución democrática en Colombia con las reformas anticoloniales que liberaron la fuerza de trabajo de la esclavitud, desestancaron los grandes latifundios de la Iglesia y los terratenientes iniciaron los ciclos de agroexportación del tabaco, la quina, el añil y el café, proclamaron la separación moderna entre la Iglesia y el Estado, y establecieron las más amplias libertades de pensamiento, creencias, imprenta, cátedra, movilización, producción e intercambio de bienes que jamás había conocido el país. Luego de los desastres militares de los radicales en las guerras de 1885 y 1895, era inevitable la derrota en la Guerra de los Mil Días, iniciada sin unidad de mando, sin los pertrechos básicos, sin un amplio respaldo de la población y en las circunstancias de una creciente intervención de Washington que necesitaba inaugurar su hegemonía mundial controlando el paso marítimo por el proyectado Canal de Panamá. A estas enormes desventajas se agregó el veleidoso caudillismo del general liberal Rafael Uribe Uribe quien un día se lanzaba a la aventura, otro día abandonaba las trincheras en plena batalla y al final, buscó lugar entre los socios locales del nuevo colonialismo agenciado desde la Casa Blanca. En este artículo se analizan las circunstancias y los factores que determinaron la derrota liberal radical, el triunfo de los herederos de la Regeneración y el cercenamiento del istmo panameño en aquella Colombia escindida y subastada a la nueva potencia imperial. **Deslinde***

La Colombia de la segunda mitad del siglo XIX fue un país paradójico: conocía entonces su primera eclosión renacentista desde los sombríos días de la colonia y, a la vez, padecía las penurias de la miseria y el atraso como legado de la sórdida sociedad señorial basada en la propiedad territorial heredada por una minúscula dinastía vinculada por la sangre familiar, las clientelas políticas y las prerrogativas de la tradición. Es esa paradoja la que se expresaría desde la Revolución del Medio Siglo XIX hasta la Guerra de los Mil Días, esa

conflagración hecha de premura, farsa y tragedia que terminó inaugurando tres desgracias de las que el país no consigue reponerse aún: amputó del costado de nuestra geografía el promisorio istmo de Panamá; pervirtió los últimos jirones que aún quedaban de patriotismo en el partido liberal; y condenó al país a más de *Cien años de Soledad*, arrastrando la indigna circunstancia de ser una nueva colonia bajo el poder imperial de Estados Unidos.

El espectro redivivo de Núñez

La Guerra Grande, de 1899 a 1902, fue el corolario intensivo y sangriento de las guerras civiles regionales y nacionales que enfrentaron durante más de medio siglo a dos estrategias antagónicas: la República Liberal, fundada en 1849 por el general José Hilario López, basada en la soberanía popular como fuente secular del poder y consolidada con la Constitución de Rionegro de 1863, que hubo de medir sus débiles fuerzas con las legiones regresivas del conservatismo y el clero que le declararon la guerra en 1876-1877, y que finalmente la derrotaron cuando la Regeneración, coalición de liberales moderados y conservadores, destrozó a los radicales en La Humareda y ganó la Guerra de 1885, tras la cual se consolidó el régimen de Núñez y Caro con la Constitución de 1886 y el Concordato de 1887, que regresó a la era confesional del poder civil un ido al eclesiástico, reafirmó los privilegios de la gran propiedad territorial e impuso la obsecuencia hacia el naciente poder imperial de Washington, despojando a la nación de su soberanía y su potencial de prosperidad.

Si el siglo XIX fue un tiempo de sangre y turbulencia, el último lustro decimonónico fue un tiempo en verdad aciago. Parecía como si Rafael Núñez, muerto en el apolillamiento de sus glorias discutibles y sus desafueros patriarcales, en el regazo trémulo de doña Soledad Román, bajo los alerones sombríos de *El Cabrero*, aún siguiera agazapado en su levita inglesa, recorriendo con su espectro las columnas del Capitolio y los zaguanes del Palacio de San Carlos, predicando a *sotto voce* su última y decisiva cruzada contra los republicanos del liberalismo radical. Núñez falleció el 18 de septiembre de 1894 de hemorragia cerebral, balbuceando a doña Soledad las mismas palabras que recién escribiera a Carlos Holguín: "He creído deber de conciencia hablar a usted de que... es evidentísimo, y me deja en la convicción absoluta de que el hombre sobrevive a su peregrinación terrena. Dios ha querido revelarme la verdad de este modo en premio de mi anhelante espiritualismo... Y me pregunto: ¿En qué queda la ciencia humana?"¹. Así murió el Regenerador, en la auténtica inautenticidad, pretendiendo presentarse con "convicción absoluta", como Juana de Arco, destinatario de la revelación divina, pero terriblemente acosado por la única certidumbre que le acompañó hasta el sepulcro: la de haber vivido y morir sin convicción alguna.

La Regeneración, tras el fallecimiento del caudillo cartagenero, había quedado en las manos implacables de Caro quien, sin tasa para su espíritu de secta y sin contrapeso para sus obsesiones teocráticas, proseguía su 'cacería de brujas' contra cualquier asomo de resistencia liberal, informado como estaba de la actividad febril que bajo la quieta rutina de un país enmohecido desplegaban en la clandestinidad los liberales quienes, recién derrotados en forma fulminante por el 'general cauchero' Rafael Reyes en la Revolución de 1895, se aferraban a la certidumbre de que pronto habría de sonar la aurora de la rebelión contra el despotismo gubernamental y llegaría la hora de la restauración de la fenecida República Liberal.

"Estados Unidos anduvo buscando un traidor"

Durante la segunda mitad de los años 70, Núñez comenzaba a abandonar el liberalismo y a buscar aliados en las toldas del conservatismo. Ya en 1875, en carta al jefe conservador Carlos Martínez Silva, Núñez proponía la "reorganización del ejército federal, de manera que deje de ser instrumento de partido o electoral", y añadía: "El gobierno federal no se mezclará en asuntos de culto; pero su indiferencia no será absoluta al tratarse del culto católico, siendo como es este culto el de la casi totalidad de los colombianos"². En 1877, Núñez viajó a Estados Unidos, según Liévano Aguirre, a "tratar sobre la posibilidad de un empréstito con destino a la terminación de las obras portuarias" de Cartagena, pero, según los radicales, ese viaje tenía connotaciones políticas ocultas: era contrario a "la tradición diplomática de Colombia, que veían amenazada por el envío a Estados Unidos del doctor Núñez"³. ¿Cuál fue, en realidad, el motivo y resultado del Viaje de Núñez a Estados Unidos? Aquel liberal que como secretario de Hacienda defendía en 1856 la necesidad de "desamortizar las tierras de manos muertas" y preservar los "principios librecambistas" que habían producido "el alivio de los consumidores, el progreso de la industria y el desarrollo indefinido, lento pero seguro, de la riqueza fiscal"⁴, ahora, en abril de 1878, con motivo de la posesión del presidente Julián Trujillo, anunciaba desde el Senado el fin de la era del liberalismo: "Hemos llegado a un punto en que estamos confrontando este preciso dilema: regeneración administrativa fundamental o catástrofe", y más tarde, homologaba a los radicales con los "insensatos" de la Comuna de París: "La responsabilidad de la tormenta que se aproxima a pasos de tromba es... de los directores de la política oligárquica". "Como los comuneros de París en su insensata depravación, los señores Murillo y adeptos prefieren destruir por completo la República, a permitir que la alcen de su lecho de agonía los únicos que tienen el poder y la voluntad de hacerlo"⁵.

Factor decisivo en la transmutación de Núñez fue el creciente papel de Estados Unidos en la geopolítica americana y mundial. La amenaza que significaba la

presencia de tropas norteamericanas en el istmo panameño, desde aquel 15 de abril de 1856 cuando los istmeños colombianos se amotinaron frente a los repetidos abusos de los 'marines' y dieron muerte a 16 norteamericanos e hirieron a otros tantos en el incidente denominado "la tajada de sandía", era desde entonces una preocupación de los liberales radicales quienes, antes de que Estados Unidos se lanzara a saquear el mundo desde los años 80, ya habían tenido el valor de solidarizarse con México que había sido despojado en 1848 de sus enormes tierras de Arizona, Alta California y Nuevo México, y advertían la potencialidad de una intervención de Washington sobre territorio colombiano. Miguel Samper, expresando la indignación nacional ante los continuos incidentes protagonizados por tropas estadounidenses en el territorio colombiano de Panamá, advertía en 1880 que en Colombia, "si su población, de cerca de cuatro millones de habitantes, explotara al derecho el territorio que le ha correspondido", tendría "ciudades populosas, puertos concurridos y monitores para defenderlos", y "en Washington no se hablaría de la soberanía de Colombia, sobre el istmo de Panamá, con la indiferencia con que se tratara del territorio de una tribu de Poncas o de Sioux"⁶.

Con el mismo criterio patriótico el dirigente radical Francisco Eustaquio Álvarez declaró en 1882 ante una sesión secreta del Senado que en un debate de 1881 sobre el proyecto del Canal, un senador y exsecretario de Estado de quien omitió el nombre, le dijo: "Para lo que pueda convenir a la República, te advierto que los Estados Unidos han resuelto apoderarse del Istmo de Panamá. Quisieron hacerlo pacíficamente, por medio de un tratado con nosotros; pero se han encontrado con la dificultad de que ni hay presidente que pueda constitucionalmente entrar en tal negociación, ni habrá Senado que la autorice; entonces han pensado en sustituir al Gobierno constitucional por un Gobierno de hecho, que, no teniendo limitaciones constitucionales, se preste a lo que desean. Al efecto, han ofrecido a los radicales el dinero necesario para derribar al señor Núñez; los radicales han rechazado la oferta, y entonces por parte de los Estados Unidos se ha determinado entenderse directamente con un Gobernador del Estado de Panamá, para contratar con él y desposeernos de nuestro territorio". Agrega el senador Álvarez: "Preocupado andaba yo con la idea de que los Estados Unidos anduviesen buscando un traidor para poner en Panamá, cuando me encuentro con la novedad de que el señor Núñez había contratado un representante de ese Estado, quien había figurado como miembro de la oposición, y que de repente apareció de agente del doctor Núñez con la misión de ir a Panamá" y lograr "que por cualquier vía torcida el señor Núñez fuese declarado Gobernador de ese Estado"⁷.

El empresario estadounidense, Parker Tisdell, vicepresidente de la Pacific Mail Steamship Co., decía buscar en 1893 la anuencia de Núñez para el establecimiento de una línea de vapores entre Sabanilla y Cartagena, agenciada

por la casa comercial de Rafael del Castillo & Cía., pero en realidad tenía otra misión. Mr. Tisdell confesó a del Castillo: "Voy a romper casi un secreto diplomático en el seno de la más considerada amistad, señor Castillo... no he traído tal comisión de establecer un ramal de vapores . No hay tal cosa. He sido únicamente enviado por el Departamento de Estado de Washington para invitar al doctor Núñez a la Exposición de Chicago y, con tal objeto, poner un buque de guerra a sus órdenes"8. ¿Cuál era el interés de Washington en eventual viaje de Núñez a Chicago? ¿Era sólo una invitación de cortesía o, en cambio, tenía los propósitos geopolíticos expansivos de la Casa Blanca sobre el Canal de Panamá? París, que veía las intrigas de Washington por el asunto del Canal, no se engañaba: "El cónsul francés en Bogotá, con motivo de la muerte del Regenerador, escribió en noviembre de 1894 a su Ministro en París: 'Seguramente no será lo mismo con el señor Núñez. El Presidente titular, enfeudado a los Estados Unidos, sin simpatía por Francia y las empresas francesas en general, hostil a la obra del Canal por motivos cuyo origen sería delicado indagar, suscitó a la Compañía serias dificultades'. Pero a esta altura del siglo la suerte ya estaba calculada. La expansión avasalladora del Norte, las guerras intestinas y, sobre todo, la venalidad de ciertos colombianos tanto del istmo como del interior, eran factores que aceleraban el desenlace"9.

"La misma carne de cañón de siempre"

La Colombia del final de los años 90 era todavía una inmensa comarca de aldeas agrícolas y pastoriles cuya población escasamente se acercaba a los 4 millones de habitantes, diseminados en cinco modestos núcleos urbanos -Bogotá, Medellín, Barranquilla, Cartagena y Bucaramanga- y en innumerables poblaciones o caseríos perdidos en las estribaciones de la región andina, separados por ríos abruptos y bosques primarios y unidos por caminos o desfiladeros donde los mejores arrieros habían perdido sus mejores mulas y aún sus mejores compañeros de arriería. El viajero y escritor francés Pierre D'Espagnat, consigna en *Souvenirs de la Nouvelle Grenade*, 1898, su aguda semblanza de Bogotá:

"Las largas calles rectas, sin alegría, por lo general desiertas, entre dos perspectivas de muros pálidos que vienen del corazón de la ciudad para perderse en el campo, ofrecen hasta cierto punto el esquema de la economía social colombiana. A pesar de sus 130.000 habitantes, Bogotá no cuenta más que con una clase dirigente más bien restringida". "Todos los negocios, toda la política", "se concentra entre las manos de unas cincuenta familias conservadoras que arrebataron esa misión directiva a otras tantas familias liberales". En "la oscura calle de Florián", "de trecho en trecho, un foco eléctrico arroja una claridad polar suspendida en aristas de hielo". Y, más allá, "en los arrabales mal definidos", "fiel

a tenducho mal oliente, el pueblo humilde se apretuja ávido de los paraísos baratos que promete el alcohol".

Relataba d'Espagnat "la incorporación forzosa de reclutas que se enganchan en la calle a razón de dos reales por día". "He ido a ver hacer el ejercicio a esos pobres peones transformados en guerreros. Era la misma carne de cañón de siempre, idéntica en los dos hemisferios, resignada, indiferente. Sus mujeres, sin las que se morirían de hambre, porque el gobierno no les mantiene, esperaban, acurrucadas por los alrededores, la hora de comer. No era la primera vez que veía a esas desgraciadas siguiendo, de lejos, retaguardia de miseria, al batallón en marcha de sus maridos o de sus amantes"¹⁰.

Al final de los años 90, cuando había caído el ciclo de la agroexportación y ya habían languidecido las ferrerías de Pacho, La Pradera y Samacá, la única empresa digna de ese nombre era Bavaria. "El nuevo proteccionismo -explica don Luis Ospina Vásquez- no hacía parte mayor a las actividades industriales tradicionales. La protección se encaminaba originalmente, como se vio, a estimular unas pocas actividades de tipo artesanal. Los altos derechos a los artículos manufacturados no eran por sí mismos estímulo suficiente para el establecimiento de industrias (aunque así se pudo creer en cierto momento en que ayudaban a la ilusión los fenómenos que acompañan a las grandes emisiones de moneda)". Así, Bavaria "fue la empresa industrial más próspera e importante de las que funcionaron durante este período"¹¹.

La campaña para la elección presidencial de 1898 estaba rodeada por rumores de fraude, complot y sangre. Caro seguía jugando a la reelección y la baraja conservadora incluía el nombre del general Reyes a la vicepresidencia propuesto por Marco Fidel Suárez, mientras aparecía la otra fórmula de Manuel Antonio Sanclemente y José Manuel Marroquín. Los candidatos del liberalismo radical, Miguel Samper a la presidencia y Foción Soto a la vicepresidencia, encontraban alguna resistencia entre los 'jóvenes liberales'. Los guarismos electorales de 1898, no obstante el fraude oficial, reflejaron en parte la proporción entre las fuerzas políticas: Sanclemente obtuvo 1.613 y Marroquín 1.693, en tanto que Samper reunió 318 y Soto 324 sufragios. "Nos limitamos a observar que el partido liberal, que es por lo menos la mitad del país, sólo aparece representado por 642 electores, sobre un número total de 3.941"¹², denunció Carlos Martínez Silva.

Se precipita la guerra en Santander

Marroquín se posesionó, por ausencia de Sanclemente, el 7 de agosto, en una atmósfera densa en la cual se discutía, entre otros, el álgido asunto del Canal de Panamá que antagonizaba a empresarios de Francia y Estados Unidos y hacía

temer una invasión extranjera, como lo señaló el vicepresidente: "Los males que amenazan a Colombia y que la afligen, no son de mucho menor cuenta que los consiguientes a una invasión extranjera"¹³. Pidió al Congreso autorización para una emisión urgente de 10 millones de pesos en billetes de curso forzoso del Banco Nacional y ordenó la licencia de 3.600 hombres del ejército para ahorrar 4 millones de pesos. El 27 de octubre, por fin, llegó Sanclemente a Bogotá y por el deterioro de su salud tuvo que posesionarse el 3 de noviembre ante la Corte Suprema de justicia porque la Cámara "no podía reunirse el 3 sino el 5 de noviembre", y con sus 84 años de edad, el presidente debió partir por orden médica hacia 'tierra templada' en Anapoima, lo que dio lugar a un laberinto de intrigas y reclamos por 'falta de gobierno' y desafueros como los del 'pájaro carpintero': "con este apodo -recuerda Luis E. Nieto Caballero- era conocido el doctor Rafael M^a Palacio, ministro de Gobierno, inventor del sello de caucho con la firma del presidente en facsímile, y jefe ejecutivo de la nación en esas horas de espanto"¹⁴, en las que se discutía acremente un empréstito de tres millones de libras esterlinas que exigía como garantía nada menos que las minas de esmeraldas de Cozcuez y Muzo, hasta que llegó el fatídico año de 1899. El general Uribe Uribe hizo sustituir en la dirección liberal al expresidente Aquileo Parra, o puesto a la guerra, por el general Gabriel Vargas Santos, decano de los generales liberales de todas las contiendas del siglo XIX.

El 12 de febrero los jefes liberales expedieron en Bucaramanga la declaración que daría inicio formal a la Guerra de los Mil Días: "Los suscritos liberales, convencidos de que el restablecimiento de la república no se obtendrá sino por medio de la guerra, prometemos solemnemente levantarnos en armas contra el gobierno actual, en la fecha exacta que fije el director del partido en Santander, y obedeceremos las instrucciones precisas que dicho director nos comunique"¹⁵. Este documento, firmado por el jefe liberal en Santander Paulo Emilio Villar y por José María Ruiz, Rafael Uribe Uribe, Ramón Neira, Marco A. Wilches, Cenón Figueredo, Ignacio Espinosa, J. M. Phillips, Rogerio López, Justo L. Durán, Eduardo Pradilla Fraser, J. F. Gómez Pinzón, Rodolfo Rueda y otros, protocolizaba dos enormes problemas; el primero, la honda división entre los jefes liberales en torno a la guerra; el segundo, la condición muy vulnerable del liberalismo que sobreestimaba sus fuerzas y subestimaba las del régimen conservador .

El decreto sobre orden público que se había promulgado argumentando la presencia de fuerzas venezolanas en la frontera con Colombia fue aplicado para llevar a la cárcel a varios dirigentes liberales, entre ellos, los generales Rafael Uribe Uribe, Cenón Figueredo, José M^a Ruiz, Pedro Soler y Roberto Suárez. Luego de declararse turbado el orden público en Cundinamarca y Santander, y ante la protesta de las multitudes iracundas, el gobernador de Cundinamarca restituyó a su casa al general Uribe, en medio del delirio popular.

Los conservadores históricos se pronunciaron el 17 de agosto de 1899 ante el desastre económico y la política represiva de Caro, precisando que "de la crisis oficial y económica que hoy aflige a la Nación son responsables principalmente la Administración Ejecutiva del sexenio anterior y actual"; que el gobierno sólo busca "hacerse sentir con los alardes de fuerza que despliega, aprisionando individuos inculpados y poniendo bajo la ley marcial parte del territorio de la República, sin motivo hasta ahora justificado"; y que "si llegare el caso de romperse el orden constitucional, es deber de todos los conservadores esforzarse por todos los medios a su alcance en restablecerlo", "uniendo de hecho sus esfuerzos con los demás republicanos que tengan igual aspiración"¹⁶.

Una parte de la comandancia liberal creyó que el conservatismo 'histórico', por su contrariedad con Caro, apoyaría la insurrección liberal, y esta ilusión, incentivada con pérfido cálculo por personalidades conservadoras, fue el espejismo en pos del cual marchó nuevamente -como lo hiciera en 1885 hacia el desastre de La Humareda- el entusiasta destacamento de la revolución liberal finisecular, sin saber que habría de conducirlo hacia el abismo.

"¿Quién fue el atrevido que abrió la caja de Pandora?"

Luego del pronunciamiento liberal de Bucaramanga, el gobierno hizo rápido acopio de recursos y reclutamiento de fuerzas, y dentro del cuerpo de policía conformó un "servicio de inteligencia" bajo la dirección del temible Aristides Fernández, muy conocido por sus desmanes contra las personas y los bienes de los opositores al régimen. Fernández se encargaba de interrogar y castigar físicamente a determinados inculpados y de decomisar bienes en los allanamientos. Una atmósfera de terror, de registro de viviendas, levantamiento de empréstitos forzosos, confiscación de bienes, reclutamientos coactivos, detenciones y torturas se adueñó del país desde el segundo semestre de 1899.

En esta circunstancia, y luego de que varios de los jefes liberales, inclusive los considerados 'belicistas', advirtieron que era preferible buscar un tiempo para recomponer las fuerzas y preparar los combates, los liberales de Santander rompieron fuegos. "El 17 de octubre de 1899 a la media noche, el general Juan Francisco Gómez Pinzón, por orden del doctor Villar, en su hacienda 'La Peña', a inmediaciones de El Socorro, dio el primer grito. Ocupada la ciudad por esa tropa bisoña y mal armada, el general Gómez marchó en dirección a San Gil y a la mitad del camino puso en derrota al capitán Sanmiguel, jefe gobiernista. Este fue el primer combate y el primer triunfo de los revolucionarios liberales. El

general Justo L. Durán se pronunció en Cáchira, 'el pueblo más conservador de Santander', el 19, con 25 fusiles y 500 tiros. Así comenzó la revolución"17. Cuéntase que Salvador Camacho Roldán, ya cercano a su agonía en los predios tibios de El Ocaso, al enterarse del pronunciamiento armado liberal en Santander, exclamó: "¿Quién fue el atrevido que abrió la Caja de Pandora? Los amigos de Caro se lo van a agradecer".

El general Justo L. Durán, en una de sus justas críticas al general Uribe Uribe, por haber dicho en público en Barranquilla que "la guerra que antes era justa ya es imposible" y por los "cargos terribles al doctor Aquileo Parra", afirmaba que "con esto vino la desorganización y el retardo de más de un año para lanzarnos a la guerra en condiciones muy desfavorables", pues, "a mi ver era prematura todavía la Revolución, dado que existían inconvenientes de primera fuerza"18. Pero una vez que el general Gómez abrió fuego en octubre de 1899, el general Durán invariablemente actuó con decisión en favor de llevar la guerra hasta el fin, fuera éste trágico o victorioso, y actuó con decisión, coraje y sapiencia militar, venciendo al enemigo en todos los combates que le correspondió dirigir, configurando con su obra política y militar uno de los perfiles más patrióticos y republicanos de cuantos actuaron en la Guerra de los Mil Días. Su principal misión al comenzar la guerra era ir a tomar Riohacha para proteger un desembarco de armas y municiones que, según se había planeado, debería llegar el 10 de noviembre de 1899, procedente de Maracaibo, donde el general Foción Soto tenía una sucursal de su casa de comercio.

La perspicacia del general Durán, quien había iniciado su ejército con 25 fusiles, le llevó a las rápidas victorias liberales en Río de Oro, Ocaña, La Cruz, Cachirí y Arboledas, con lo que su ejército pudo crecer, logró imponer a los conservadores de la provincia de Ocaña un Tratado de Rendición y llegó a controlar desde Matanza, a 7 leguas al norte de Bucaramanga, hasta el mar, en una extensión de 140 leguas con todas sus poblaciones. "En dondequiera que empené combate vencí al enemigo. Jamás me dejé sorprender y jamás comprometí tonta y locamente mis Ejércitos, porque bien sabía yo cuánto trabajo me costó formarlos y organizarlos, y cuántas fatigas, diligencias y erogaciones de dinero hice para que estallara la guerra con el fin de cambiar por una liberal la Constitución del 86, causa de todos los males y de la ruina de Colombia"19. En torno de esta ilusión los principales jefes liberales, sin comprender el 'signo de los tiempos' que en forma de águila imperial se apoderaba del mundo, lo apostaron todo: su prestigio político, su ideario doctrinal, su capacidad militar, sus relaciones familiares y sociales, su patrimonio económico, y hasta el propio porvenir del liberalismo y el de la nación, pues les parecía que el régimen regenerador vivía ya el colapso final.

El presidente Sanclemente y su ministro Palacio, desde Anapoima, tan pronto supieron de los pronunciamientos armados en Santander, Cundinamarca, Barranquilla y otros puntos, expidieron una serie de decretos que iban desde la táctica de presentar a los revolucionarios como unos vulgares delincuentes hasta la afirmación infame de que la revolución estaba dirigida por fuerzas extranjeras que vendrían a dominar al país. "Por informes fidedignos -decía el telegrama presidencial a los Gobernadores e intendentes- sábese que revolución en Santander tendrá su fuerte en invasión de extranjeros que vendrán a humillar la bandera nacional"²⁰. Esta maniobra de fingir una 'invasión extranjera' tenía el alevé propósito de encubrir o justificar la verdadera intervención extranjera del ejército estadounidense en el conflicto armado interno del país. Además de aumentar el precio de la sal, la harina y la tarifa telegráfica, el 28 de octubre se expidió el Decreto 520 que autorizaba a la Junta de Emisión del Banco Nacional "para que emita y ponga a disposición del gobierno, en la Tesorería General de la República, las cantidades que el gobierno necesite para atender al restablecimiento del orden público"²¹. Por esos días se escuchó tronar al Padre Ezequiel Moreno desde Pasto en uno de sus anatemas contra la rebelión liberal: "Ahora es preciso imitar a los intrépidos Macabeos y salir al campo y ponerse frente al enemigo para defender con valor los derechos de Jesucristo sobre las naciones, amenazados por la fiera masónica"²².

Uribe Uribe abandona a su ejército en pleno combate

Los ejércitos de Santander y Boyacá, con el objeto de tomar la importante plaza de Bucaramanga, por iniciativa del general Villar, proclamaron como su comandante en jefe al general Uribe Uribe y fueron atraídos por la táctica conservadora de llevarlos al corazón de Bucaramanga el 12 de noviembre, donde serían objeto de los francotiradores. "El general Uribe y su estado mayor -refiere Tamayo- cayeron en la trampa en la creencia de que ocupada la ciudad, como lo fue Piedecuesta, no había peligro, más al reconocer su error hacía rato que desangrados y tendidos los campesinos liberales habían muerto"; otros combatientes liberales que entraron a la ciudad eran "muchachos desertores de los colegios bogotanos" y "mozos sabaneros que arrancados de sus casas y chozas por el anhelo de conocer mundo y correr pólvora, pronto perdieron la vida", "por una avalancha de disparos que hacíanles las fuerzas veteranas de Peña Solano desde lo más alto de los muros y la torre de la iglesia de San Laureano" que gritaban '¡Viva la Inmaculada Concepción!', y "despedazaron esa carne juvenil, insensible al dolor, ebria de gloria, atrevida y heroica, fusilada sin misericordia", y, así, en "La Puerta del Sol" se decidió el combate"²³.

Según el general Durán, "el general Uribe Uribe venía, en realidad, a hablar con el Dr. Villar para ver de aplazar la guerra; pero hallando ya organizadas esas fuerzas, decidió hacerse cargo de ellas", para luego abandonarlas. "Vimos, así, al

general Uribe Uribe perder en tristes aventuras militares el Ejército de esos gallardos Jefes y, lo que fue de incalculable mal para la revolución, no poder tomar Bucaramanga". El propio general Vargas Santos, en el documento *La razón de mi dicho*, deplora la actuación desastrosa de Uribe Uribe: "Sabedor de que gran parte de las fuerzas del Gobierno ocupaban a Piedecuesta, marchó sobre dicha plaza para sorprenderla durante la noche", "pero el enemigo la evacuó desde temprano"; y "siguiendo los pasos del enemigo marchó sobre Bucaramanga, pero el plan de ataque se le quedó en el tintero porque... enamorado como está siempre de sus propias obras, juzgó que el [plan] de Piedecuesta servía para ambas plazas", y dice de Uribe con ironía: "de él puede decirse no que 'llegó, vio y venció', sino que 'llegó, vio y... se alcanforó. El fuego comenzó a las 5 a.m. y. .. antes de las 12, ya el general en jefe estaba en Arbolsoleo, almorzando con la mayor serenidad, en casa del señor Ruperto Serrano" y, "mientras tanto, el combate continuaba en las calles de Bucaramanga, espantoso y encarnizado; y se sostuvo durante todo el día 12, siguió todavía el 13, y aún parte del 14. Y en tanto que el comandante en jefe de aquel valiente Ejército abandonaba el campo de batalla, los soldados, faltos de dirección, se sacrificaban por centenares inútilmente"²⁴. Esta apreciación de Vargas Santos y Durán, confirmada por testimonios y documentos, configura el hecho de que Uribe Uribe, al abandonar a parte de su ejército en pleno combate, sin proveer o un ataque o una retirada organizada, expuso a sus tropas a la peor masacre hasta entonces cometida por el gobierno, lo que, de acuerdo con los códigos de guerra, lo hacía acreedor al fusilamiento por traidor al liberalismo y a la causa republicana.

Aquileo Parra: "Esta guerra ha sido una 'debacle'"

A la derrota de Bucaramanga se agregaba la desventura ocurrida cerca de Gamarra, en el punto de Los Obispos, una batalla fluvial desastrosa que costó medio millar de bajas al liberalismo en armas. "Los otros buques revolucionarios, acosados por el fuego enemigo, a merced de la corriente, aguas abajo se estrellaron contra los bajos fondos. Los tripulantes ennegrecidos por el humo de la pólvora, moribundos, ebrios, sin esperanza de vencer, seguidos por los disparos de las ametralladoras que destrozaban el maderamen de las trincheras, rendidos, izaron la bandera blanca al amanecer. Una última ráfaga de balas hizo saltar en pedazos los cráneos de aquellos valientes"; "quemados por el fuego, algunos con audacia increíble abandonaron los cascarones viejos y, a nado entre dos aguas, salváronse en la selva. El resto fue hecho prisionero. Allí murieron 500 hombres"²⁵. En adelante, esta derrota habría de pesar enormemente sobre las espaldas de la revolución.

Posteriormente, en Cúcuta se reunieron los tres ejércitos, el del Norte, al mando del general Benjamín Herrera; el de Ocaña, con la comandancia del general

Durán y el de Bucaramanga, a las órdenes del general Uribe, para buscar salida al Magdalena. Uribe buscaba asumir el mando supremo de los tres ejércitos, pero la oposición del general Herrera, quien hizo fuertes recriminaciones a Uribe por su conducta en la batalla de Bucaramanga, se lo impidió. "Nadie quería, por tanto, reconocer al general Uribe Uribe, de tal modo que el jefe de Estado Mayor General de su propio ejército, general Pedro Soler Martínez, gritaba en plena calle: 'A desconocer al cobarde de Uribe Uribe'"²⁶. Entre tanto, las fuerzas del gobierno, en numerosos contingentes, se acercaban a Cúcuta en disposición de cerco al ejército liberal, el cual, carente de las municiones que no arribaban a Riohacha, falto de la unidad de mando, y minada la confianza de las tropas en algunos generales que secundaban a Uribe Uribe, se encontraba "enfrentado a enemigos visibles e invisibles", como solía decir el general Soler.

El expresidente Aquileo Parra, luego de la masacre de liberales en Bucaramanga, llamaba a Lucas Caballero a buscar medios políticos de poner "fin patriótico a la matanza de fuerzas liberales", y hacía este balance: "La guerra para el liberalismo ha sido una 'debacle' sangrientísima y estéril, en que han sido aplastados todos los núcleos revolucionarios de que se tenía noticia; el sacrificio de Figueredo y de Carrera; el desastre de la flotilla de Los Obispos; el aniquilamiento de las fuerzas de José Santos Maldonado y esta espantosa carnicería de Bucaramanga, no deja nada en pie para una lucha que, contra nuestras admoniciones, algunos jefes liberales iniciaron con una absurda inferioridad de elementos de combate"²⁷.

La victoria liberal de Peralonso

Ante el reagrupamiento de los tres ejércitos liberales, el gobierno ordenó una movilización general de fuerzas para cercarlos y el 1º de diciembre estableció "una contribución de guerra por cinco millones de pesos, la cual se distribuyó entre los departamentos de la república. Con esos recursos el gobierno organizó un ejército de algo más de 8.000 soldados, los equipó con uniformes y armas nuevos, toda la munición necesaria y la infaltable bendición de los prelados de la Iglesia que despidieron en Bogotá a los cruzados encargados de reducir a la insurgencia liberal. A Cúcuta se desplazó la plana mayor de los generales de la regeneración: Manuel Casabianca, Jorge Holguín, Enrique Arboleda, Carlos Cuervo Márquez, Próspero Pinzón, y el mando supremo fue asumido en Chiquinquirá por el general Isaías Luján. Por su parte, los revolucionarios eran sólo una fracción de las fuerzas oficiales. El general Herrera tenía 1.500 hombres con fusiles Remington. El general Durán, 700, casi todos de machete, y un cuerpo de artillería con cañones fabricados con tubos del acueducto. El general Soler, al mando de los restos de la desventura de Bucaramanga, era la fuerza de reserva, equipada con escopetas y lanzas. Las fuerzas insurgentes escasamente

llegaban a 3.500, en tanto que las gubernamentales eran algo más de 10.000, incluido el ejército procedente de Bogotá.

Las fuerzas de la revolución atravesaban el cerro de Tasajero el 15 de diciembre y ya habían cruzado el río Zulia, para tomar rumbo hacia Chane, cuando casi en las orillas del río Peralonso los fusileros del general Villamizar, tras un cercado de piedra, iniciaron el ataque contra las fuerzas de Herrera, disputándose el control del puente de La Laja por varias horas. Al caer la noche disminuyó el combate; cada cual buscó refugio en las sombras, y hubo deserciones en ambos bandos. El general Herrera, al mando, recibió un balazo que le destrozó el muslo y desde la camilla entregó el mando al general Durán. El general Soler resistía en un picacho el asedio del general Casabianca. "¡Se acabaron las municiones!", gritaron las filas rebeldes. Entonces, hacia las 4 de la tarde, el general Uribe, con 10 voluntarios, se atrevió a pasar el puente, en medio de las descargas de la fusilería enemiga que fue tomada por sorpresa y rodeada por los fusileros de Herrera comandados por Durán, cayendo atrapada en la pinza preparada por el ejército revolucionario, con todo y oficiales y armas y pertrechos. El pánico se extendió como un incendio sobre las huestes gubernamentales que huían en desbandada, dejando atrás armas, víveres, parque y hasta dinero. Cerca de 1.800 fusiles fueron tomados en esa memorable victoria.

En Palonegro, se hundió para siempre la República Liberal

La victoria de Peralonso fue como el oasis después de tantos días de penoso desierto. El 24 de diciembre entró triunfal a Pamplona la vanguardia del ejército liberal con Uribe Uribe y Justo L. Durán a la cabeza, en medio del delirio popular. El 25 llegó el ejército del general Gabriel Vargas Santos, procedente de Casanare, acogido con el fervor que despierta quien por cuarenta años había librado todas las guerras y continuaba enhiesto en las trincheras. En los discursos hubo sarcasmos contra el 'Olimpo Radical' de Bogotá, que algunos se atrevieron a llamar 'los heraldos traidores' porque no habían considerado apropiado lanzarse a la guerra en condiciones de vulnerabilidad frente al gobierno. El 26 llegó a la ciudad Benjamín Herrera, seguido de su ejército, y aclamado por el pueblo como el forjador de Peralonso. Luego los ejércitos liberales fueron recibidos con apoteosis en Bucaramanga, desde donde Vargas Santos haría una Proclama a la nación.

El proyecto que le pasaron contenía párrafos que consideraba "conceptos amargos contra fracción muy importante del partido", y que "pendón y proclama liberales no debían... hacer distingos sino cobijar a cuantos fueran miembros de la patriótica causa"; por ello, el general pidió a Lucas Caballero la elaboración de una proclama amplia y democrática, que fue corregida por el generalísimo, la cual constituye una extensa declaración sobre la causa de la restauración de la

República en una nación donde "preponderen los más sagrados intereses de la patria, la prensa libre, la garantía de los derechos de todos los nacionales, la libre determinación de sus destinos", en "una vida democrática que afiance el bienestar y dilate la justicia entre las clases sociales"; que "respeta y garantiza el sentimiento religioso, naturalmente católico, del pueblo colombiano"; que busca "rehabilitar nuestro sistema monetario de modo que el ahorro tenga estímulo, las transacciones garantía y fecundidad el crédito", lo que "dará a este desangrado país fuerzas para convalecer y prosperar", acabando con el "odioso y suicida distingo entre compatriotas vencedores y vencidos", "haciendo del poder público no el eje o la prebenda de algunos pocos agraciados sino la expresión fiel de la voluntad de los pueblos"; "la guerra ha sido un medio penoso y forzado de rehabilitar el derecho y reconquistar la libertad", pues "la injusticia es una semilla imperecedera de rebelión", y concluye: "¡Compañeros de armas! Si triunfáis, como es seguro y como es justo, habréis tenido en Colombia el honor de ser los restauradores de la República y, por ella, de la libertad. Si contra toda legítima esperanza hemos de sucumbir, con el sacrificio de nuestras vidas, como hombres dignos, borraremos nuestros nombres de los registros de esclavos en Colombia, y nuestro ejemplo, expresión de una gloriosa idea, como ella será siempre inmortal. Bucaramanga, enero de 1900"²⁸.

Esa gran victoria hizo creer a las fuerzas liberales que el triunfo estaba cerca y la comandancia, incluido el generalísimo Gabriel Vargas Santos, se dejó envolver por los cantos de sirena de que sólo con coraje y patriotismo era suficiente equilibrar las evidentes desventajas objetivas de las fuerzas revolucionarias, convencidas, como estaban, de que con los pertrechos tomados al enemigo en Peralonso y con los rifles y municiones que, por fin, habían traído los generales Siervo Sarmiento y Foción Soto, luego de un complejo y demorado laberinto que comenzó en Inglaterra y terminó en Riohacha, ya era inminente la restauración de la tan esquiva República Liberal. Fue tal el entusiasmo de 'tomar pronto el cielo por asalto' que Vargas Santos fue proclamado en los campamentos 'Presidente Provisional de la República'. ¿Cuántas veces, acaso, esos cantos de sirena que se cuelan por los resquicios del patriotismo o las desesperadas urgencias de la redención social no han conducido o en vano a destacamentos avanzados hasta el patíbulo preparado por los déspotas, dejando a los pueblos sin vanguardia y sin rumbo?

Superado el asedio que pretendía el gobierno sobre los ejércitos rebeldes en Cúcuta, se definió la ruta de Salazar a Arboledas, a Cucutilla y a Bagueche. Un contingente de exploradores se desvió a La Tronadora y allí fue fácilmente abatido por el enemigo. La vanguardia del ejército, comandada por el general Rafael Leal, tropezó el 11 de mayo con numerosas fuerzas conservadoras comandadas por el general Próspero Pinzón y, entonces, comenzó el preámbulo de lo que sería el peor desastre, la peor carnicería y la peor derrota que haya

sufrido una fuerza revolucionaria avanzada en los anales de la vida del país desde los tiempos coloniales de los estoicos capitanes comuneros: Palonegro. Entre el 11 y el 25 de mayo de 1900 se combatió prácticamente de día y de noche. "La fetidez de la atmósfera, por el incontable número de cadáveres en descomposición de seres humanos y de bestias era tan dominante e intensa que persistió por semanas seguidas en las mucosas nasales de los sobrevivientes". "¿Por qué no triunfó el ejército liberal en Palonegro? Nada o muy poco significaba la enorme desproporción de las fuerzas bélicas contendoras, 18.000 del gobierno, alrededor de 8.000 las liberales, porque allí no fue poesía sino realidad el sentimiento de que el número en la lid es lo de menos, que los pocos son más cuando son buenos"²⁹, testimonia Lucas Caballero. Palonegro, en la región de Lebrija, Santander, es el episodio más grave y decisivo de la Guerra de los Mil Días en el cual se enfrentan 6.800 liberales en armas contra 18.875 soldados del gobierno conservador y, tras 17 días de fragor, son derrotados los liberales; en el campo de batalla quedan 7.000 muertos y más de 7.000 heridos; los vencidos se retiran por la temible trocha de Torcoroma rumbo a Ocaña, pereciendo muchos en el trayecto; es el trágico principio del fin de la última gran rebelión liberal. Es como si la turbulencia desatada con la sustitución de Inglaterra por Estados Unidos en el comando del mundo se concentrara sobre el cielo incendiado de las trincheras colombianas: Palonegro es la última gran Iliada donde Aquiles, ya exhausto en su combate con Agamenón, se llena de ira ante la muerte de Patroclo a manos de Héctor y se lanza a la última batalla, sin otra protección para su vulnerable talón que su propio heroísmo, sucumbiendo irremisiblemente ante la pérfida saeta de Paris. Palonegro, trágica Iliada de fragor inenarrable y de heroico estoicismo liberal tras la cual se hundirá para siempre la causa liberal republicana.

La guerra se traslada al laberinto letal de Panamá

El golpe de Estado del 31 de julio de 1900 fue el resultado de una conspiración rasa y simple. El vicepresidente Marroquín se tomaba el mando en desconocimiento del presidente Sanclemente, argumentando que lo hacía porque "la opinión pública venía clamando por el restablecimiento de la normalidad legal", por "mi aversión al poder", y por "exigencias de los amigos de las instituciones", hasta "cuando Dios y la buena voluntad de mis compatriotas nos restituyan el orden basado en la justicia y la paz"³⁰. Marroquín y Martínez Silva, los dos responsables principales del golpe al presidente Sanclemente, rompieron toda norma para actuar contra la revolución sin restricciones, y su actuar político está íntimamente vinculado a los intereses del gobierno estadounidense que, en el 'río revuelto' de la Colombia desgobernada e indefensa, ganaba posición en el asunto del Canal de Panamá.

Las desventuras de Palonegro se prolongaron con la 'sinsalida' de la campaña de la Costa en la que el liberalismo intentó en vano tomar a Cartagena, sufriendo otro asedio por tres flancos, lo que determinó que el general Uribe atravesara con intrepidez y enorme dificultad el laberinto enemigo de la costa Caribe y lograra arribar a Riohacha de donde habría de zarpar hacia Caracas. Allí preparó viaje hacia Nueva York, en busca de apoyo para la causa liberal. Poco antes, en la gran metrópoli norteamericana, el patriota cubano José Martí había organizado una expedición de combatientes por la independencia de Cuba. Pero los asuntos de Uribe en el Norte tendrían propósitos muy diferentes a los que inspiraban al Poeta Mártir de Dos Ríos en su lucha contra el colonialismo español y contra el nuevo poder imperial que había mostrado su codicia sobre la Perla del Caribe.

Por su parte, el general Herrera, rodeado de brigadas de enemigos y, además, en conflicto creciente con la arrogancia de Uribe Uribe, tuvo que salir del país. El régimen conservador estaba cobrando cara su muy difícil victoria en Palonegro, al precio enorme de asediar y expulsar literalmente del país a dos de los más importantes jefes de la revolución liberal. Después de entregar el mando de su ejército al general Uribe en Magangué, salió en secreto hacia Cartagena y de allí viajó a Ecuador donde buscó apoyo para organizar un ejército expedicionario con el cual llegó victorioso a los puertos de Barbacoa y Tumaco y, siguiendo por el Océano Pacífico, llegó a Centroamérica, donde, según narra Lemaitre, "compró luego al fiado y a la gruesa ventura un buque a unos judíos de Acajutla, en El Salvador, buque que armó en guerra y que bautizó 'Almirante Padilla', y desembarcó finalmente, el 24 de diciembre de 1901, en las playas de Tonosí, sobre la costa meridional de la península de Azuero del Pacífico, en Panamá. Llevaba una fuerza expedicionaria de 1.500 veteranos"³¹.

En 1899, al comenzar la guerra, antes de la victoria de Peralonso, circuló una carta apócrifa que con infamia fue atribuida por el gobierno al general Durán, en la cual el prohombre liberal, según los infamadores, decía a sus hermanas en Oiba: "Por mí ni por nuestro partido no tengan cuidado. Contamos con auxilios poderosísimos... al pronunciarnos contábamos con bases firmes para la revolución, pues estaban comprometidos los venezolanos, ecuatorianos y costarricenses, y sólo tememos que se dice que el general Cocobolo comprometió de acuerdo con el gobierno ladrón a los ambiciosos yankees, ofreciéndoles el istmo de Panamá y esto sí es una gran amenaza que ha infundido terror entre los nuestros, pero aunque sea así, a mí no me arredra porque cuando llegue ya nos habremos tirado a los godos, porque el plan de ataque está muy bien combinado y tenemos aquí 15.000 hombres y armamento lujosísimo y el protestantismo ofrece auxiliarnos con 16 millones de pesos oro si en nuestra Constitución lo declaramos como la religión que debe practicarse en Colombia, y aún cuando Ustedes lo sientan, los seductores monigotes y los hipócritas Jesuitas serán

artículos de exportación como el café y los cueros"³². Esta grosera falsificación, realizada por el presbítero Francisco Oses, cura de Oiba, o al menos con su complicidad, fue enviada por telégrafo al Ministro de Guerra y luego explotada por el gobierno para reclutar el odio de los feligreses católicos y de los conservadores contra la insurgencia liberal y, sobre todo, para amenazar directamente a la revolución y a la nación con una intervención militar estadounidense. Razón tenía el general Durán al afirmar entonces: "Los Regeneradores, autores de esta carta, ya pensaban para 1899 realizar la venta del Istmo".

En las ciudades del brazo panameño todavía se recordaba la alevosía con que los norteamericanos intervinieron en la guerra civil de 1885 cuando, en una infame conspiración, fue quemada la propiedad del comerciante negro y dirigente radical Pedro Prestán. El incendio se extendió y arrasó con la ciudad de Colón. El general Reyes, en 'consejo de guerra', culpó del incendio al propio Pedro Prestán, al haitiano Antonio Petricelli y al jamaiquino Jorge Davis, el célebre 'Cocobolo', estos dos ahorcados en un pórtico por orden de Reyes, no obstante prohibírselo la Constitución; Prestán había logrado huir a Cartagena donde al fin fue aprisionado. Al respecto, anotaba el Cónsul General de Francia en Bogotá: "Pedro Prestán, sospechoso y acusado formalmente de haber prendido fuego a Colón, ha sido enviado a Colón el 9 de este mes. Allí ha pasado a Consejo de Guerra y después de un juicio breve y sumario ha sido condenado y después ejecutado. Los testigos de la defensa no han sido escuchados y sin embargo en el mismo Colón comienza a creerse que el elemento americano a la cabeza del cual se encuentra el señor Burt, antiguo director del ferrocarril, es el autor de este abominable crimen"³³. En efecto, con la venia o el encubrimiento del gobierno de Núñez, el 'elemento americano' hacía y deshacía en la Colombia ístmica, engrasando sogas y levantando patíbulos para ahorcar los postreros gritos de rebeldía republicana, convirtiendo la bandera patria unas veces en sudario de patriotas insurgentes y otras veces en indigno mantel donde se servía la merienda de los mercenarios y donde se contaban los dólares para el pago de los apátridas.

En el fin de siglo había estallado un nuevo escándalo relativo al istmo. El titular francés del contrato con Colombia sobre el Canal, Lucien Napoleón Bonaparte Wyse, había transferido sus derechos a la Compañía Universal del Canal Interoceánico de Panamá, dirigida por Ferdinand de Lesseps, que había iniciado trabajos en el istmo; pero, tras un escándalo de especulación en Francia, el "Tribunal Civil del Sena decretó el 4 de febrero de 1899 la disolución de la compañía". "El interés norteamericano por construir el canal -refiere Tirado Mejía- se revivió con el fracaso de la compañía francesa. La guerra contra España en 1898 puso de presente para los Estados Unidos la necesidad de controlar una

vía que permitiera la movilización rápida entre las flotas del Pacífico y el Caribe, y el Tratado Hay-Pauncefote firmado con Inglaterra el 18 de noviembre de 1901 le dejó las manos libres para poder ejecutar la obra con exclusividad"³⁴. En Washington se especulaba unos días en favor del canal por territorio istmico colombiano y otros días en favor de construirlo por Nicaragua, dentro de la táctica de 'esquilmar a dos postores'. En noviembre de 1899, Nicolás Esguerra, destacado liberal, escribía desde París a Mutis Durán esta patriótica preocupación: "Muy alarmados estamos todos aquí con la guerra que ha estallado en Colombia... en una lucha tan desigual en que el sacrificio es casi seguro. Me aterra la idea de que en el istmo pueda tener lugar cualquier hecho de armas que viniera a servir de pretexto para una intervención extranjera... porque ello pudiera traerle al país las más funestas consecuencias"³⁵. El partido liberal, tan vigilante de la soberanía colombiana frente a las maniobras norteamericanas en los días de Murillo Toro, en los tiempos de Santiago Pérez y en aquella ardua jornada de 'la tajada de sandía' en Panamá, ahora, dividido en su Estado Mayor y enfangado en el laberinto de esta guerra de equívocos tácticos y torpezas estratégicas, cuando más arreciaba la intervención de Washington y la intimidación de sus marines en las ciudades de nuestro istmo, se mostraba ya no indiferente sino inclusive francamente proclive a la subasta de la autodeterminación patria sobre el brazo panameño. La guerra civil colombiana en el istmo era una bandeja que se servía a la medida de las apetencias estadounidenses.

McKinley: "El canal debe ser dominado por nuestro gobierno"

Con la bancarrota de la compañía francesa del canal interoceánico, una tesis comenzaba a imponerse no solo en el país sino en el mundo: que los únicos con capacidad técnica y financiera para realizar la obra del Canal de Panamá eran los estadounidenses. Tanto el conservatismo como el liberalismo en Colombia aceptaban tal idea. El propio general Benjamín Herrera, en su calidad de Jefe del Ejército Unido del Cauca y Panamá, tras su victoria en el istmo sobre las fuerzas oficiales de Morales Berti, lo afirmaba, junto con José Llorente, Lucas Caballero y otros, en su Declaración de Aguadulce, el 30 de octubre de 1902, en la que rechaza "la absurda especie de que el Ejército Unido del Cauca y Panamá esté compuesto de tropas extranjeras", y afirma: "Por otra parte, la obra del canal, según el criterio del mundo entero, por hechos que son palmarios, no puede ser concluida sino por los Estados Unidos. Y en Colombia hay un interés nacional común en que esa obra sea realizada, pero, así como para nosotros hay en ello un porvenir de altísima entidad, en los Estados Unidos la elección de la vía de Panamá representa en lo político, en lo económico y en lo militar, ventajas de un orden eterno". "No se echan por el atajo para gastar millones en Nicaragua, ni dejan la posibilidad en un futuro probable de tener competidor tan serio como el Canal de Panamá. El liberalismo, que es uno de los bandos beligerantes, tiene

la decisión de contratar con ellos; la dictadura, que es el otro beligerante, al respecto tiene disposiciones idénticas: todo ello se puede garantizar de modo solemne y efectivo"³⁶. Ni una sola palabra del general Herrera sobre el hecho de que Estados Unidos desembarcó tropas en Panamá en noviembre de 1901, con el pretexto de "mantener el libre tránsito por el istmo"³⁷.

El asunto del Canal cada día aumentaba su capacidad de decidir sobre todos los asuntos del país, incluyendo la guerra. Ya en 1898, el presidente de Estados Unidos William McKinley afirmaba a la nación en su mensaje del 7 de diciembre: "La construcción de un canal interoceánico es hoy más que nunca indispensable para la comunicación pronta y rápida entre nuestras riberas orientales y occidentales, exigida por la anexión de las islas Hawái y la perspectiva de la expansión de nuestra influencia y de nuestro comercio en el pacífico. Nuestra política nacional exige, ahora más imperiosamente que nunca, que dicho canal sea dominado por nuestro gobierno"³⁸.

El general Uribe había viajado a Nueva York en busca de apoyo financiero y armas para reemprender la guerra, pero allí se entrevistó con Carlos Martínez Silva y de aquella conferencia surgieron dos propósitos: uno, abandonar la lucha armada y, el otro, buscar un acuerdo con los conservadores victoriosos para vincularse al gobierno posterior a la guerra. Fue en rebeldía y vino en componenda. Fue como jefe revolucionario por armas y vino con manifiesto político y con las manos llenas de palomas. Fue como prisionero de la revolución y regresó no precisamente dispuesto a rectificar la equívoca estrategia de guerra del liberalismo, ni a superar la fatídica división en el comando supremo liberal, ni mucho menos a alertar al país acerca de la agresiva injerencia de Estados Unidos en los asuntos de soberanía e integridad territorial de Colombia sino, en cambio, a buscar formas de negociación a cualquier precio de la culminación del conflicto, prefigurando ya una serie de entendimientos que en un par de años, en 1904, le harían exclamar en el Teatro Municipal de Bogotá: "No soy partidario del socialismo de abajo para arriba que niega la propiedad, ataca el capital, denigra la religión... pero declaro profesar el socialismo de arriba para abajo"³⁹ y, en nombre de ese socialismo, se vinculaba con una de las dictaduras más apátridas, más oprobiosamente genuflexas a Washington que recuerde la historia de Colombia.

"Sabían todos que me retiré de la lucha para salir en busca de elementos por cuya absoluta carencia terminó la campaña de Bolívar y con el propósito firme de volver a la guerra en cuanto los adquiriera. Mientras esperé conseguirlos, nada dije, pero desvanecida hoy la esperanza de una inmediata realización de nuestros deseos, es deber mío anunciarlo así con franqueza. No son razones políticas, ni económicas, ni sociales, sino del orden puramente militar las que me inducen a aconsejar la suspensión de hostilidades". "El gobierno es impotente para debelar

la revolución, pero la revolución es impotente para derribar el gobierno. Hace muchos meses que la campaña está limitada a un infructuoso tejer y destejer de operaciones, y a un tomar y dejar territorios que a nada conduce"⁴⁰. Este manifiesto, escrito y difundido por el general Uribe desde Nueva York, el 12 de abril de 1901, revelaba la nueva perspectiva liberal de la claudicación. Además, desde Washington, el generalísimo Gabriel Vargas Santos y el general Foción Soto declararon: "Si el resultado final de la presente guerra favorece a las armas liberales, nosotros tomaremos, sin duda, posesión de las propiedades de la Compañía Francesa en 1904 y las venderemos a los Estados Unidos"⁴¹. Y desde entonces, Estados Unidos ha terminado ganando en Colombia, sea cual fuere el vencedor o el vencido entre los dos partidos de la tradición.

Neerlandia, el Wisconsin, la tragedia nacional

Cuando Uribe Uribe regresó de Estados Unidos a rehacer campamento en el Magdalena, la dictadura, que había tomado con cauteloso desprecio el Manifiesto de Nueva York, concedora de las enormes debilidades militares y también de las veleidades políticas del caudillo liberal, lo controlaba por los flancos y lo empujaba hacia las talanqueras, como el caporal al toro descastado, hasta cuando en los últimos días de octubre de 1902 decidió entregarse al general Juan B. Tobar en la hacienda Neerlandia. Allí firmó con el gobierno un tratado que no recogió a ni una sola de las divisas de la fenecida república liberal ni, menos aún, la reivindicación de respeto a la soberanía de Colombia frente a la grave amenaza de las tropas estadounidenses que, ya en 1898, habían intervenido a Cuba en su guerra con España; habían bombardeado el 10 de mayo de ese año a San Juan de Puerto Rico y extendían su invasión a otras ciudades puertorriqueñas; en el Asia se habían apoderado a sangre y fuego de Manila y ahogaban con sus cañoneras la resistencia filipina; en el Pacífico se anexaban el archipiélago de Hawái; y en noviembre de 1901, a solicitud de la dictadura de Marroquín, las tropas estadounidenses hollaban los puertos del istmo colombiano.

El general Tobar, comandante del Ejército del Atlántico, quiso aportar su óbolo para cubrir la retirada del general Uribe y sus tropas. "Los que depongan las armas en virtud de lo convenido en este pacto, no podrán en ningún tiempo ser perseguidos, juzgados ni penados por considerárseles cabecillas de expediciones organizadas en país extranjero, ni por actos que en calidad de militares en servicio activo y con el fin de realizar operaciones militares, hayan ejecutado o mandado ejecutar contra las personas o las propiedades de los demás". El ministro de guerra José Joaquín Casas ordenó al general Tobar "que inmediatamente se juzgue a Uribe Uribe por un consejo verbal de guerra y que a la sentencia se le dé el cumplimiento sin contemplación alguna", a lo que el general Tobar respondió: "He ganado la espada que llevo al cinto combatiendo

lealmente en los campos de batalla; prefiero romperla sobre mi rodilla que mancharla con sangre mal derramada y la violación de la palabra que en nombre del gobierno he comprometido"⁴². Los conflictos entre los tres grupos conservadores -los repúblicos, los de sable y los de camándula- habían aflorado tras el golpe de Estado de Marroquín y ahora se recrudecían ante la expectativa de quién habría de prevalecer entre los favoritos de Washington. En Barranquilla, al despedir a sus tropas, el general Uribe ya les adoctrinaba electoralmente: "Hemos combatido por la verdad y la justicia; nada se nos dé si la fortuna veleidosa nos volvió la espalda. Despidámonos como soldados y preparémonos a saludarnos como ciudadanos"⁴³. Un acuerdo entre bambalinas de naturaleza bipartidista y de patria mancillada, encubierto con el traje romántico del guerrero y el paladín, estaba en marcha.

Por su parte, el general Herrera, con su osadía, su pericia militar, su ejemplo personal de abnegación ante las adversidades y su don de mando que le ganaba la voluntad de las tropas, no tenía las sinuosidades políticas que en Uribe Uribe desperfilaban sus lealtades y sus convicciones. Herrera, buen discípulo de Rojas Garrido y de los repúblicos de mediados del siglo, era un 'hombre en bloque', previsible, cuyas acciones pertenecían más a la línea estratégica que a la 'cabriola' táctica. Era más un hombre veraz que un hombre sagaz. Se parecía más a la figura primaria de un caudillo recio que a la figura alambicada y sinuosa de un caudillo ambicioso. Su noción de patria la expresó en su célebre sentencia "La patria por encima de los partidos", que habría de servir bien para que unos se sacrificaran por la patria, o bien para que otros ocultaran sus felonías personales o diluyeran las graves responsabilidades de su partido en la indigna subasta de la soberanía de Colombia.

Luego de trasegar por las montañas santandereanas donde concibió la victoria de Peralonso y vivió la tragedia de Palonegro, y tras deambular por las ciénagas de la costa Atlántica donde buscó salida hacia Nicaragua y Acajutla para ir a formar legión en el Cauca y regresar al istmo panameño donde formaría gobierno y designaría al general Justo L. Durán como representante ante los gobiernos de Centroamérica, escribiría allí victoriosas páginas en Aguadulce, Veraguas y Ciudad de Panamá, en una marcha que sólo pudo ser detenida por los cañoneros de la flota estadounidense. Sabía del peligro que entrañaba la zarpa de Washington en el istmo y en todo el Caribe porque conocía, como cualquier líder político de entonces, que el 21 de febrero de 1901, el gobernador norteamericano Wood había impuesto en Cuba una Constitución a la que en junio se agregaba la "Enmienda Platt" que consagraba para Estados Unidos el derecho de intervenir a discreción en la isla de Martí, ignominia que habría de permanecer hasta 1934. Sabía, asimismo, de las manipulaciones y los desafueros de los funcionarios estadounidenses que proclamaban un día que el Canal Interoceánico ya no pasaría por Panamá sino por Nicaragua y al día siguiente

arreciaban su asedio a la Compañía Francesa del Canal de Panamá para adueñarse del istmo a cualquier costa. Conocía el hecho de que Carlos Martínez Silva y otros emisarios de Marroquín en Estados Unidos estaban ofreciendo a Teodoro Roosevelt concesiones relativas a "la perpetuidad de la zona de la concesión", al establecimiento de "un cuerpo de policía estadounidense en la región", a la "jurisdicción civil y criminal de las autoridades estadounidenses en la faja que se concede", y al permiso para "usar de fuerzas extranjeras para restablecer el orden, o asegurarlo en las regiones adyacentes a la misma zona"⁴⁴. Sabía que desde el 5 de marzo de 1902, cuando presentara credenciales en Washington José Vicente Concha, en reemplazo del plenipotenciario Carlos Martínez Silva, la política de obsecuencia hacia Washington lesionaba cada vez más la soberanía nacional de Colombia en la zona del canal, y había sido informado de las peticiones que Concha, en nombre del gobierno dictatorial de Marroquín, formulaba a la Casa Blanca para la intervención de los *marines* en caso de que Herrera con su gente llegara a sitiar a las ciudades de Colón o Panamá. Percibía también el riesgo de quedar atrapado con sus huestes victoriosas entre la manigua del Darién y la inminencia de la intervención estadounidense. Y tampoco ignoraba las aviesas andanzas del general Uribe Uribe tanto fuera como dentro del solar patrio.

Esa es la 'historia de la infamia' con la que inaugura el país su ingreso al siglo XX: Estados Unidos, que desde el comienzo de la guerra ha capitalizado la actitud apátrida del gobierno y del principal de los jefes liberales para acrecentar la división entre los colombianos, y que no ha vacilado en reunirse con ambos bandos de la guerra civil mientras despliega navíos en tierras colombianas del istmo, ha logrado crear la situación en la cual tanto los conservadores en el gobierno como los liberales en la revolución están dispuestos, cada uno, a entregarle por unos cuantos millones de dólares la soberanía colombiana sobre la zona del canal.

Así, el 21 de noviembre de 1902, más como rehén del contraalmirante Silas Casey que como general - invicto o derrotado- de un ejército republicano, Benjamín Herrera, con su sable ya roto y con la premonición de una ignominia, subía a bordo del buque Almirante Wisconsin de la armada estadounidense, seguido por su secretario el general Lucas Caballero y por el coronel Eusebio A. Morales, a reunirse en compañía de los generales de la dictadura Víctor M. Salazar y Alfredo Vásquez Cobo, y firmaba los 14 puntos del Acuerdo del Wisconsin y, además, una cláusula secreta por 16.000 libras esterlinas que le entregó el gobierno para pagar la deuda que adquirió la revolución en Centroamérica. El general liberal que rubricara arduas victorias militares en Peralonso y en las selvas panameñas y caucanas, ahora rubricaba por un puñado de libras esterlinas el 'acuerdo de paz' que era como el protocolo de la mutilación del brazo panameño del seno de la geografía patria. Ya todo estaba consumado para la causa republicana.

Todavía líquida la firma del 'tratado de paz' del Wisconsin, el presidente Roosevelt impone un ultimátum al gobierno colombiano que luego repite le senador Shelley M. Cullon en los siguientes términos: "si esa República sigue presentando obstáculos a la firma del Tratado, los Estados Unidos se entenderán directamente con la Compañía Nueva del Canal, prescindiendo de Colombia, y se expropiará la zona necesaria para hacer el canal alegando, en justificación de ello, la utilidad pública universal y dejando para más tarde el avalúo de la compensación que corresponda a Colombia"⁴⁵.

Concha envía al canciller colombiano Tomás Paúl una nota en la que califica de inadmisibles el ultimátum que ha recibido del gobierno de Roosevelt: "El Departamento de Estado de Washington contéstame asunto Canal de Panamá forma Ultimátum. Niega... aumentar sumas indemnizaciones. No admite que la Compañía del Canal celebre arreglo previo con el Gobierno de Colombia, sino pretende Tratado constituya permiso para cesión derechos al gobierno de los Estados Unidos sin otras condiciones. Niega devolución baldíos a Colombia. No acepta señalar término concesión. Puede no hacerse jamás sin que Colombia recupere derechos. Yo creo que es inadmisibles Tratado esa manera"⁴⁶. Por ese levísimo asomo de patriotismo, Concha debe renunciar al ministerio plenipotenciario en Washington y es reemplazado por Tomás Herrán quien será el encargado de aceptar toda la felonía y firmará por Colombia, junto con Hay por Estados Unidos, el infamante tratado Herrán-Hay.

Según Everett Hagen, "Un cálculo generalmente aceptado en Colombia indica que la última gran guerra civil colombiana, entre 1899 y 1902, produjo alrededor de 100.000 bajas". "En la guerra civil de 1899 a 1902 pereció un 2.5% de la población del país en esa época, o sea una persona de cada 40 hombres, mujeres y niños". "Las muertes causadas durante la guerra de secesión norteamericana que se prolongó por 4 años constituyen una fracción menor de la población total (cerca del 2%)"⁴⁷. La Guerra de los Mil Días -en realidad duró 1.128 días - movilizó a 75.000 soldados del gobierno, ocasionó más de 200 combates y produjo cerca de 100.000 muertos y más de 150.000 heridos, lo que devastó la agricultura, aniquiló la industria naciente, arruinó las finanzas públicas, empobreció a la inmensa mayoría de la nación y devaluó la moneda a tal grado que por \$100 oro se llegó a dar hasta \$ 25.000 de papel moneda.

Tal era el colofón al drama que se inició como insurgencia desesperada en pos de revivir la fenecida república liberal radical y que se convirtió en un albur militar cuya suerte dependía no ya de la indispensable unidad de mando, ni de la sapiencia de una orientación estratégica, ni de la acertada definición táctica, sino de asuntos tan accidentales como el de si llegaban o no las armas y municiones procedentes de Europa a un punto de la península de la Guajira, o el

de si al general Uribe Uribe se le ocurría atacar cuando la insurgencia liberal pasaba a la defensiva o si, en cambio, tomaba ‘las de Villadiego’ en pleno combate, como había ocurrido con su craso abandono de las trincheras en la mitad decisiva de la batalla de Bucaramanga. En esta hora en la que caía el telón tras la sangrienta farsa del gobierno de Sanclemente y la ominosa dictadura de Marroquín, herederos legítimos de la regresiva Regeneración de Núñez y Caro, quedaba desnuda ante el mundo la naturaleza alquiladiza de un grupo de colombianos de facciones de ambos partidos tradicionales que, en su afán por liquidar a sangre y fuego el último bastión del destacamento liberal radical que se había atrevido a izar la bandera de la independencia y la modernización republicana, no vacilaron en coludirse con el agresor extranjero y servir de eslabón, de mascarón de proa y de picota donde fue flagelada y decapitada la majestad soberana de la República de Colombia. Mas no era el fin sino el comienzo de la tragedia en que la nación, mutilada en su istmo, cayó por completo en la red neocolonial de los filibusteros al mando en Washington, sufriendo durante más de cien años la condición de país controlado por una élite apátrida y sometido a una vida de ignominia, sin independencia y sin prosperidad.

Ha sido tan lesiva la tragedia nacional vivida desde entonces que la propia novela que narra nuestra gesta nacional, *Cien Años de Soledad*, reconocida por todo el mundo como una de las más grandes creaciones literarias de todos los tiempos, presenta al general Uribe Uribe como el prototipo del héroe nacional encarnado en la saga del coronel Aureliano Buendía y no como el guerrero simulador y evasivo o el político proclive a la componenda con el poderío extranjero que en realidad fue. Sobre esta falsificación de la historia nacional no sólo se concibió esa insigne y elaborada novela colombiana, sino que se hizo girar el conjunto de la cultura oficial, tan confesional como simuladora, tan parasitaria como excluyente y tan regresiva como apátrida. Al cumplirse estos *Cien Años de Soledad* desde la derrota de los Mil Días y la secesión del istmo panameño, en medio de una violencia genocida que de un lado y otro pretende doblegar y asediar de terror el espíritu de independencia y democracia que habita en las grandes mayorías patrióticas, ya comienzan a oírse las voces de quienes están naciendo en este centenario de pavor y que habrán de concebir, librar y escribir nuestra *Ilíada* auténtica e invicta.

NOTAS BIBLIOGRAFICAS

1 Núñez, cit. Indalecio Liévano Aguirre, *Rafael Núñez*, Ed. 2º Festival del Libro Colombiano, Bogotá, 1944, pg. 437.

2 Núñez, carta a Martínez Silva, Bogotá, agosto 28 de 1875, cit. Gabriel Camargo Pérez, *Sergio Camargo, el Bayardo colombiano*. Ed. Biblioteca colombiana de cultura, Bogotá, 1972, pg. 183.

- 3 Indalecio Liévano A., *Núñez*, op. cit., pgs. 146 y 156.
- 4 Rafael Núñez, *Informe del secretario de Hacienda al congreso, 1856*. Imprenta de El Neogranadino, Bogotá, 1856, pg. 3.
- 5 Núñez, cit. Indalecio Liévano A. *Rafael, Núñez*, op. cit. pg. 162.
- 6 Miguel Samper, *La protección, 1880*. Selección de escritos, op. cit., pg. 131.
- 7 Francisco Eustaquio Álvarez, *Juicios sobre la Administración Núñez*. Imprenta de Gaitán, Bogotá, 1882, pgs. XXXII y XL.
- 8 Parker Tisdell, cit. I. Liévano A., *Núñez*, op.cit., pg. 424.
- 9 Alfredo Camelo Bogotá, "Panamá, su desmembramiento de Colombia". En *Los Samper, un libro abierto*. Tres Culturas Editores, Colombia Nueva, Bogotá, 194, pg. 43 y 44.
- 10 Pierre d'Espagnat, *Recuerdos de la Nueva Granada*. Ed. Biblioteca Schering, Bogotá, 1971, pgs 160 y 138.
- 11 Luis Ospina Vásquez, *Industria y protección en Colombia*. Ed. Oveja Negra, Medellín, 1977, pg. 383 y 378.
- 12 Carlos Martínez Silva, *Revistas políticas*, tm. II, pg. 319
- 13 José M. Marroquín, Discurso de posesión en 1898, cit. Humberto Cáceres, *Antônio José Uribe*. Ed. Segunda Expedición Botánica, Bogotá, 1987, pg. 54.
- 14 Luis E. Nieto C., *Escritos escogidos*. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1984, pg. 186.
- 15 Declaración de Bucaramanga, febrero 12 de 1899. En *Joaquín Tamayo, La revolución de 1899* . Ed. Biblioteca Banco Popular, Bogotá, 1975, pgs. 26 y 27.
- 16 Declaración de la Junta de Delegados del Partido Conservador, Bogotá, agosto 17 de 1899. cit. H. Cáceres, op. cit., pgs. 56 y 57 .
- 17 Joaquín Tamayo, op. cit., pg. 41.
- 18 Justo L. Durán, *La revolución del 99* . Ed. El Día, Cúcuta, 1920, pgs. 2 y 4.
- 19 J. L. Durán, op. cit., pg. 231 .
- 20 Telegrama de octubre 19 de 1899. Diario Oficial N° 11.124. cit. J. Tamayo, pg. 48.
- 21 Ibid. Tamayo, pg. 49.
- 22 Ezequiel Moreno, cit. Humberto Bronx, *Historia moderna de la Iglesia colombiana*. Bogotá, 1982, pg. 304.
- 23 Diario Oficial, N° 11.134. cit. J. Tamayo, op. cit., pg. 44 y 45.
- 24 J. L. Durán, op. cit., pgs. 18 y 19 .
- 25 J. Tamayo, op. cit., pgs. 42 y 43.

- 26 J. L. Durán, op. cit., pg. 24 .
- 27 Aquileo Parra, cit. Víctor Manuel Salazar, *Memorias de la guerra*. Ed. Gobernación de Caldas, Manizales, 1992, pg. 431.
- 28 Gabriel Vargas Santos, *Manifiesto a la nación*, cit. Lucas Caballero, *Memorias de la Guerra de los Mil Días*. Ed. Colcultura, Bogotá, 1980, pgs. 32 a 37 .
- 29 Lucas Caballero, op. cit. pgs. 48 y 49.
- 30 Marroquín, cit. Tamayo, op. cit., pgs. 97 y 98.
- 31 Eduardo Lemaitre, *Panamá y su separación de Colombia*. Ed. Pluma, Bogotá, 1980, pgs. 280.
- 32 Carta apócrifa, cit. J. L. Durán, op. cit., pg. 54.
- 33 Archives du Ministère des Affaires Etrangères de France, 1882-1885, cit. Álvaro Tirado Mejía, *Colombia en la repartición imperialista, 1870-1914*. Ed. Hombre Nuevo, Medellín, 1974, pg. 50.
- 34 A. Tirado M., op. cit. pg. 62 y 63.
- 35 Nicolás Esguerra, cit. V. M. Salazar, op. cit., pg. 446.
- 36 Benjamín Herrera, cit. V. M. Salazar, op. cit., pgs. 448 a 450.
- 37 A. Tirado M., op. cit., pgs. 46 y 63.
- 38 William McKinley, *Mensaje del 7 de diciembre de 1898*, cit. H. Cáceres, op. cit., pg. 79 .
- 39 R. Uribe U., en *El pensamiento político de Rafael Uribe Uribe*. Ed. Colcultura, Bogotá, 1974, pg. 17.
- 40 R. Uribe U., *Manifiesto de Nueva York*, abril 12 de 1901. cit. Tamayo, op. cit., pg. 156.
- 41 Gabriel Vargas Santos y Foción Soto, cit. Cáceres, op. cit., pg. 100.
- 42 Juan B. Tobar y José Joaquín Casas, cit. Tamayo, op. cit., pg. 187.
- 43 R. Uribe U., cit. Gran Enciclopedia de Colombia. Ed. Círculo de Lectores, Bogotá, 1996, tm. 10 pg. 601.
- 44 En Humberto Cáceres, *Antonio José Uribe*, op. cit., pg. 95.
- 45 Shelley B. Cullon, cit. Cáceres, *Antonio José Uribe*, op. cit., pg. 1002
- 46 José V. Concha, en Cáceres, *Antonio José Uribe*, op. cit., pg. 101 .
- 47 Everett Hagen, *El cambio social en Colombia*. Ed. Tercer Mundo, Bogotá, 1963, pg. 98.
-